

Aproximaciones a la obra de Rafael Ramírez Heredia

Claudia María Sosa Cárdenas

BIEN SE PODRÍA DECIR que el trabajo de Rafael Ramírez Heredia es un ceremonial creativo donde se explora y utiliza el poder de las palabras para hacer sentir a través de la lectura. Momento único de volcar en la escritura la hondura y sentimiento con que el autor aborda su trabajo, rito personal que nombraremos inspiración, magia, o —en el lenguaje taurino tan amado por él— la presencia del Faraón.

A ese respecto, Ramírez Heredia nos dice en la antología *Tauromaquia mexicana* (UNAM, 2004) en su cuento “El Faraón”:

porque el Faraón baja si los astros se arman en constelaciones sin nombre, si algún repullo clava su pico en el alma de los artistas y la voz y el cielo se juntan, y los cantos y las olas del mar se hacen uno, cuando en el redondel se endulzan los sabores no probados, la corajina se hace composición, [...] y las letras truenan en los tendidos del recuerdo.

—¿Bajará el Faraón? —preguntó Julián sabiendo que ésa era la clave entre los gitanos para decir que el arte estaba ahí.

Arte de la literatura, hacer sentir, donde la emoción se despliega y pasea en variedad de temas y razones que viven los personajes creados por la narrativa de compostura y temple, de cadencia y ritmo que nos expone este autor, nacido en Tampico, Tamaulipas.

El maestro Ramírez Heredia posee vasta obra que comprende reportaje, crónica, teatro, ensayo, cuento y novela. Su trabajo ha sido reconocido y valorado internacionalmente con traducciones, entre otras, al rumano y el ruso. Ha sido ganador de un buen número de galardones nacionales y entre los extranjeros resalta el Premio Internacional de Cuento Juan Rufo (París, 1984) y el Premio Dashiell Hammet de Novela (Gijón, 2005), por dos de su

textos más emblemáticos: “El Rayo Macoy” y *La Mara*, respectivamente.

LA MARA: LA MUERTE NO NECESITA VISA

Publicada por Alfaguara en 2004, esta novela ha significado, sin duda, la piedra de toque para la mayor difusión y lectura de la obra narrativa de Ramírez Heredia.

La coincidencia de la realidad real con la realidad literaria es el asunto que conduce al análisis mediático y motiva intereses periodísticos, políticos y sociales para intentar una aproximación hacia el entendimiento de la Mara Salvatrucha en el sureste mexicano.

Este fenómeno no es nuevo ni desconocido para quien esté medianamente enterado de los dolores de crecimiento del sur chiapaneco. Región de selva, calor y miedo que el autor expone y desnuda con un lenguaje crudo, veloz y efectivo para presentarnos una historia donde la pobreza y miseria, los grandes protagonistas del continente americano, escriben destinos de violencia, drogas y muerte.

La migración en la frontera sur —primer paso hacia la otra frontera, la grande, la del norte—, tanto del lado guatemalteco como del mexicano, tiene un permanente hedor de corrupción y sojuzgamiento que se ensaña con los de siempre: los más jodidos:

El silencio bajo el peso de la cubierta de hule fue ganando terreno al miedo porque una como aceptación ante la imposibilidad de levantar la lona se metió en las voces y los malos olores y el calor insoportable aplastó a la rebelión que nunca tuvo ganancia por más que entre los cinco trataron de quitarse lo que los ahogaba y ahora los lleva a cerrar los ojos metidos en la pesadez del sueño que entra des-

igual en todos pero que los va acercando paso a cabeceada sin que el dolor les haga reaccionar porque los sufrimientos del cuerpo se ahogan en la falta de aire y en el pozo que la dejadez va construyendo. [...] y de nuevo jala a Dimas que abre los ojos sin reflejar la sorpresa gustosa, casi de gritar que Rosa siente por saber que están vivos, como lo están los otros tres que se incorporan y jalan aire y toman de unas botellas que el hombre que está acabando de quitar la lona les entrega antes que el otro, el conductor, les diga que están en Arriaga y ahí termina su parte.

—A salvo, ora sí, lo demás es por su cuenta, una cosa es una cosa y otra, otra.

A lo largo de la novela, el manejo hábil de los diferentes tiempos ocurre en forma paralela a la aparición de presencias misteriosas y violentas, con ello el autor consigue el tejido firme e irrompible de ellos y sus vidas. Esta mirada nos permite vislumbrar el mundo sórdido y real de la frontera sur bajo la vigilancia omnisciente de un gobierno que parece más entretenido en desviar los ojos, y los dineros, hacia rumbos menos comprometedores, y al que, por supuesto, le harán falta más de quince minutos para desenredar estos ovillos de pobreza y marginalidad.

La Mara desnuda en silencio y con intención subterránea al México que conserva a sus habitantes sumergidos, sumidos, ahogados en el ensueño programado por la televisión comercial y que los lleva a decodificar con perfección los hilvanes churreros de las telenovelas, y a practicar la furia social vuelta celebración futbolera. Argumentos de pan y circo, aprendidos y aceptados por un pueblo mexicano que parece no resentir la veloz y asombrosa forma en que va perdiendo la capacidad de pensar, cuestionar, exigir, hasta convertirse en un país de espectadores pasivos, incapacitados para la acción, el cambio real. Utilizando una arquitectura literaria basada en *flashbacks*, espacios en blanco, puntos suspensivos iniciales que demarcan el comienzo de los diálogos, las historias de *La Mara* se anclan en el peso específico otorgado a las expresiones, a cada construcción uncida en perfecta concordancia con la anterior y con la que le habrá de seguir en párrafos próxi-

mos. El uso del lenguaje coloquial de las tierras bañadas por el Suchiate, fruto de una experiencia vivida y observada a mínima distancia por el autor, logra que el ritmo y velocidad narrativos se acoplen al ritmo emocional de la descripción de acciones, ambientes y personajes. Estos recursos literarios, impactantes y profundos, dejan huella de cohesión y solidez a lo largo y ancho de las 399 páginas hasta hacer del lenguaje el gran protagonista de la novela.

La Mara es una de las tres obras que el autor ha concebido como parte de un proyecto donde habrá de explorar partes vitales del México de hoy —crucificado por el narcotráfico y sus violencias, la política y sus bandidos—; textos que resultan indispensables como testimonios de la transformación vertiginosa y dramática de nuestro país, la desaparición casi total de la república cincuentera y burguesa, y nos aterrizan en la realidad desangelada de la que ya nunca será una suave patria.



La esquina de los ojos rojos, segunda novela de esta trilogía, cuyo escenario es un barrio del Distrito Federal, acaba de aparecer en las librerías de México, España, Centro y Sudamérica.

La lengua española, bella en sí misma por las posibilidades y riquezas que encierra, es la herramienta de trabajo de este buen escritor, que palabra a palabra observa las variaciones, cambios y adecuaciones que el español vive de país en país, y que conjura todas esas corrientes lingüísticas para apresarlas, bajo la utilización de un idioma universalmente entendible: un texto bien escrito en el que no se olvida al lector que haya llegado a *La Mara* por casualidades que unen el morbo con la moda, para atraparlos también por el lenguaje.

Porque el morbo de atestiguar —de lejitos, eso sí, que no hay necesidad de comprometerse— la pobre vida de esos hijos de nadie que gracias a dios están muy distantes, es una moda que sirve para lucir nuestra actualidad literaria en asuntos de trascendencia nacional e internacional. Conozco al menos a dos de estos lectores, redimidos al fin y que a pesar de reconocer sus intenciones prejuiciadas alrededor del texto se dijeron apabullados por los embates narrativos de Ramírez Heredia: “Sentí cada uno de esos trece minutos de golpiza... ya quería que se terminaran las patadas, los insultos, los escupitajos y sin embargo, no podía dejar de leer. Al terminar el capítulo, me dolía todo” —me dijo alguien que al inicio se mostraba escéptico.

Hacer sentir, de nuevo. Un hacer sentir que se resbala desde el plano interno del texto, fluir subterráneo de las emociones mareras y catrachas: niños y niñas de la guerra arrojados de su país, enigmáticos andróginos que presagian y provocan futuros y destinos, amores incompletos y callados porque se los llevó el carajo y la vida loca, corrupción y poder que asfixian. Personajes, reyes de sus pequeños universos donde más que describir Ramírez Heredia consigue provocar en su lector el miedo, la excitación, el abandono, la tristeza, la furia: vida.

La vida loca, diría Jovany, el joven marero.

LA PASIÓN

En una impecable entrevista para *Tierra Adentro*, Carlos Oliva Mendoza pregunta a David Huerta qué le pasa al autor al trabajar teóricamente la representación del yo. ¿No existe una nostalgia por ese yo que se ha vuelto literario? Huerta contesta:

El yo del texto literario es siempre problemático. El yo que “habla” o “escribe” es un yo literario, inventado, articulado. Es una

máquina de enunciación. La operación por la cual el escritor crea, articula o arma este dispositivo de enunciación, es una manera de hacer, es un quehacer continuo mientras esté hablando ese yo. ¿Quién es y cómo funciona? Sólo lo podremos saber gracias al texto. En el texto está imbricado y en el momento de hacerse, de escribir, están imbricados el yo experiencial —el yo civil— y el yo enunciator.

Habría que pensar que quien escribe *yo* en un libro no tendría por qué ser necesariamente un yo real, sino un personaje inventado a semejanza, guardadas las diferencias del yo poético (narrativo en este caso). Será la confesión de ese personaje inventado o inventado a medias, donde se desliza mucha rebaba del yo real.

A través de toda su obra, la prosa de Ramírez Heredia destila un toque personal que a veces pareciera voluntario, y en ocasiones obra de los inconscientes rebeldes que todos llevamos dentro: la pasión, entendida no como el reducto romántico-sentimental que desemboca en entregas físicas, sino como una forma de aceptar la vida, de vivirla. La pasión que se exhibe en cada uno de sus textos adopta las voluntades íntimas de sus creaturas literarias y así se ofrecen al lector las personales obsesiones de cada uno de ellos: la música que une a dos amantes separados, la voracidad instalada en una tina de porcelana, el dolor al recuerdo del poder-amor perdido, lo insoportable que resultan los años fríos, la nostalgia del calor, el mar que atestigua, inmutable, adioses y llegadas, y el toro que embiste, definitivo. En estas constantes presencias que coloca en su trabajo, voluntarias o no, se perciben lo que me atrevería a llamar sus pasiones.

De vocación torera, con más de una centena de faenas y alguna cornada de por medio, Ramírez Heredia construye textos que giran alrededor del peculiar universo taurino, tan apasionante como incomprensible para villamelones y aficionados *light*...

Sus textos de toros y toreros exponen una variedad amplia e interesante del universo taurino, de la fiesta brava: nos presenta un volumen completo dedicado a los toros y sus circunstancias, *Tauromagias* (Difusión Cultural UNAM, 2000), donde avanza por el arte torero y sus dificultades terrenales y delegacionales. En otros libros, como *La condición del tiempo* (Fondo de Cultura Económica, 2004), aparecen antologadas las visiones hilarantes y precisas del mundo del burel: “El Prieto” y “A las cinco de la tarde”.

En “A las cinco de la tarde”, se entonan los afanes borrachos y toreros de Feliciano —Chano Ordorica Azuara— atrapado en plena borrachera tampiqueña, recibiendo banderillazos y pullas de la realidad que le espera en casa: ominosa y malhumorada.

Por eso, algo fuera de la lógica cotidiana le brincó en el estómago y la respiración al ver tres fibrados tigres adueñados de la plaza remodelada: dos de ellos agazapados bajo un flaquito árbol de mango y el otro cerca, erguido, como vigía guardián de esa trinca amarillosa.

—Ah chingao —se dijo Chano.

A bien no comprendía el asunto antes de razonarlo en el fangal de los tragos, cual parte de su entorno y sin saber cómo, Lita también se apareció tras los felinos. Ella rugía y mostraba lo erizado de la cabellera... su esposa se alzaba sobre la línea del horizonte urbano como si hubiera salido desde los techos de los edificios afrancesados y se hubiera dejado caer en medio de la plaza...

Por su parte, “El Prieto”, uno de los textos más breves de este autor tamaulipeco, se presenta con una honradez humorística que el lector agradece. A través de sus páginas se cuenta la búsqueda de gloria y triunfo de dos jóvenes toreros a costa de un legendario toro de setecientos kilos y diez años de experiencia en el ruedo:

—A ver, pinches mexicanos, un cartón de cerveza a cualquiera de los dos que le saque una vuelta al Prieto.

—No le entres, manito, porque nos corta los güevitos —escuchó la voz a su lado.

Mexicanos eran ellos dos, Pardavé y el amigo. Los demás eran de ahí, no eran mexicanos.

Alguien pasó una botella de mezcal.

—Órale, pal valor —dijeron.

Los dos bebieron por la necesidad de la garganta seca y por ver si llegaba un lejano valor quizás ido en el mismo autobús viejo en que llegaron...

El habla popular, los dichos coloquiales y el giro del idioma a voluntad del autor para lograr una reconstrucción perfecta de actitudes y conciencias de quienes habitan estas historias, son elementos que conducen estos dos textos.

Dice Octavio Paz, refiriéndose al humor de Jorge Ibar güengoitia en *Las muertas*, y que se aplica de manera puntual para los cuentos referidos: “La risa es una defensa contra lo intolerable. También es una respuesta al absurdo. Una respuesta no menos absurda. Pues lo verdaderamente cómico es que todo sea como es”.

A la risa esbozada por el miedo ante la fuerza animal y el reconocimiento de lo frágil del cuerpo del hombre, Ramírez Heredia contrapone la pasión —feroz y feliz— de encontrarse sin refugio ante lo duro y real del deseo, motivador de valores y cobardías amorosas.

Tomando la vida por los cuernos, por las palabras y momentos implacables que rodean los destinos amorosos en que

resoplan sus pasiones, el autor nos lleva de la mano a través de una narración donde equipara el toreo, la embestida del toro y el miedo que de ahí se desprende con la sensibilidad que se requiere para torear a una mujer:

los dejó caer para escuchar el primer olé, los pum pum pum del pecho se fueron y sólo ella y él estaban ahí, con los resoplidos de Purépecha, con la voz del joven que los alienta, los acaricia diciendo ven, estamos jugando, ven, entiéndeme, no quiero hacerte daño, estamos juntos, con tu sudor sobre el mío, con tus ardores que se desplazan a chorros, con los labios de ella recorriendo las venas para que el miedo se fuera como pasodoble por arriba del tendido.

Están solos, él, ella, y el misterio.

LAS PASIONES

Abandonamos los tendidos de sol e imaginaciones, de arena manchada de sangre y valor, dejemos que los olés floten por lo vacío de la plaza. Cambio de tercio, cambio de ambiente.

Nacido en la costa, en el trópico, respirando los aires del Golfo de México el tampiqueño incorpora a su narrativa de manera natural y casi necesaria la presencia marina. En su libro de cuentos *Del trópico* (Alfaguara, 2001) establece las palabras de su tierra natal, y cuenta las vidas de cada uno de los protagonistas de sus textos, mientras nos permite saborear lo salado del mar tamaulipeco. Las playas, la brisa y sus guerras furiosas con la arena arremeten contra la nostalgia y el recuerdo; el mar y sus vibraciones secretas, mágicas, presiden estas historias como testigos de las revelaciones y ficciones que viven y definen a los personajes.

Al leer los cuentos en *Del trópico* se entiende la conexión con otros textos de Ramírez Heredia relacionados con el mar, la costa, el calor tropical. Quizá por eso me aventuro a decir que la fluidez en su prosa no es sólo producto de la firme voluntad disciplinada a las horas frente a la computadora o el cuaderno: tiene que ver con la búsqueda necesaria de refugio a medio norte costero, y que resulta en el hallazgo de ese algo que no es un sentimiento, sino un instinto, algo en lo que no interviene la cabeza, sino la sangre, en palabras de Octavio Paz.

Serán los cuentos “Singing in the Rain”, “Días de duna”, “Sábado de gloria”, “Francesa la corte”, publicados en diversas épocas y editoriales, algunos de los textos más representativos de sus afanes marinos, donde la elegancia de las construcciones idiomáticas permite imaginar —y casi tocar— lo que el autor nos cuenta.

En el cuento “Singing in the Rain” anota:

Sin importarle que tuviera polvosas las manos y el cuerpo poroso, que el frío se colara en cada trecho del cuarto, que las olas no se escucharan, que la arena saturara los objetos, supo que era el momento de devolverle al mar las historias del Albatros, ponerle aliento al silencio, y se quitó la ropa.

Se vio frente al espejo: desnuda, pequeña de cuerpo, de curvas suaves, de estómago plano, tetas duras y palpitaes que le apretaban las costillas, el vientre, la raya de las nalgas.

De puntillas, entró al baño para abrir las llaves de la regadera al tiempo que cerraba los ojos invocando la figura de su hombre que en silencio y sin moverse está abajo rodeado de otras dos figuras sin rostro ni forma.

Dejo a propósito fuera de esta aventurada clasificación el cuento “Los rumbos del calor”. Si bien refiere a la temática marina, el manejo del texto por parte del autor es muy diferente a la prosa fotográfica, veloz y de ritmo musical que acompaña los relatos anteriores.

“Los rumbos del calor” es un cuento de una belleza sorprendente. Y utilizo el adjetivo no para designar el desenfado frente a un hecho que parecía imposible; sino porque en este relato la voz del escritor toma un ritmo reposado, suave, contemplativo, ¿prosa poética? David Huerta comenta:

Los grandes poemas de la historia de la literatura, son narraciones. Empezando con la *Iliada*, la *Divina comedia*, la *Farsalia*, la *Eneida*. Las grandes novelas del siglo xx, las novelas radicales como *Ulises* o *Paradiso*, tienen una gran carga poética. Entonces la distinción entre lo que narran la novela y el cuento y lo que hace quién sabe qué o cómo la poesía es una distinción falsa. Pero la poesía siempre se ha ocupado de contar historias. El sustrato narrativo de la poesía es clarísimo.

Tal sería el caso en “Los rumbos del calor”, pues melancólico, el tono elegante y digno del protagonista nos conduce a bajar del frío estado de abulia emocional al calor vivificante del agua tibia del mar que toca y revive nuestro cuerpo anestesiado.

Veamos tres fragmentos de páginas diferentes:

el caso es que, después de mucho andar, cansado y todo, sentía al frío que da la neblina y el chipi chipi, cambiarse en un suave dorar de vegetales que se mezclaba en su cuerpo mientras se tendía boca arriba, disfrutaba del calor y el conocimiento de otras plantas que crecían arrebatándole su espacio a los helechos y a las flores grandes que aparecían muy cerca de su casa.

Así que al subir, al llegar a lo más alto del montecillo, lo vio: azul y ancho, igual y diferente a como se lo había imaginado, sólo que más grande.

Dicen los que ahí estuvieron que si se acercaban a él olía a yodo y de su cuerpo salían ruidos de ola en medio de la luna. Sus orejas de caracol despedían los sonidos de la playa, los rumores de la marea, los chasquidos de los peces.

Una prosa emocional, emotiva que centra su poder en el arte narrativo con que se transforman los frágiles sueños del niño aterido por el frío y sus preguntas en una sólida respuesta al preguntarse-responderse cuál es nuestra razón para vivir. La intensidad en la recreación de ambientes, sensaciones –luz, frío, tibieza, mar, felicidad– envuelve al lector en la magia de esta historia.

La música forma parte de la magia atmosférica que crea el autor. Rodea casi todo su trabajo, y nos permite aventurar a un ser humano que acompaña sus humores, recuerdos y nostalgias con el ritmo de bolero, de paso doble, de cumbia costeña. En “Alcira” –Milanés y Silvio–, “Jonás” –música circense–, “Mingo el terrestre” –cumbias que acompañan sus pasos enormes– y en “Sombras nada más”, “Salón México”, *El mestizo de Salgari* –boleros, salsas, sones– la presencia musical es vital para dar pauta y señalar rumbos al desarrollo escénico-visual de los textos, donde el silencio es un *impasse*, un espacio en blanco, terrible y dilatorio en la narración.

Con protagonistas tan variados como su imaginación le permite, la narrativa de Ramírez Heredia se convierte en un ejercicio constante y exitoso al explorar caracteres tan conmovedores como eternos y reales, por lo definitivamente certero de su construcción literaria. Hablar de “El Rayo Macoy”, texto ganador del Premio Internacional de Cuento Juan Rulfo (París 1984), es nombrar al cándido de ojos infinitos como el mismo autor lo clasifica, y que sin duda es uno de los mejores cuentos escritos en la narrativa mexicana. El diseño del texto, con base en recuerdos que tunden la memoria y la conciencia del Rayito Macoy y que semejan los golpes recibidos en el cuadrilátero, es una poderosa exhibición de la pericia y dominio del lenguaje del escritor.

Conmovedora en su tratamiento, la historia de este boxeador con orígenes de repartidor de medicinas no pretende establecer moralejas ni sermones que reduzcan la vorágine de la vida a saber ser inteligente o estudiado o malicioso. Es la simple historia de las emociones humanas que de pronto se ven liberadas de los grilletos que imponen los dineros y la ignorancia, y que al saberse emancipados y sin control alguno chocan entre sí ocasionando *knock outs* definitivos.

El final es magnífico:

una bicicleta y una bicicleta mientras el primo Régulis era aventado al pasillo con la amenaza de que si no traes una pinche bñrula te

vas a la gáver y allá adentro estaba la terraza y ahí el Cascabel le quitaba el resto de la ropa a Filiberto Macario Reyes y éste lloraba y pedía una bicicleta para dar vueltas por todos los sitios tocando puertas y entregando los paquetes.

DONDE SE HABLA DEL EROS, DEL AMOR, DEL SEXO

Refieren los gitanos cierto momento, incomprensible a lo racional pero que el cuerpo entiende bien, en que baja el Faraón. El instante que nombra y define la poesía de Octavio Paz. La emotividad del beso. El clímax del amor. El erotismo.

A lo largo de todo su trabajo como narrador de historias, sea novela o cuento, el erotismo rodea al autor como una especie de aura. La mayoría de sus textos están impregnados en una sensualidad que se concentra, nuevamente, en hacer sentir: salirse del personaje y volver al yo primordial, al origen, que entiende la necesidad absoluta de actuar sin explicar, sin hablar, dejando la razón colgada de los remordimientos y escrúpulos, para tocar, recorrer, besar, humedecer, estallar. ¿Qué puede ser más primitivo y maravilloso que la sensación feliz de tener el cuerpo completo, satisfecho?

En los textos de Ramírez Heredia hay una voluntad descriptiva —a veces un tanto escabrosa— que no se arrepiente de lo que nombra ni de cómo lo nombra. El sentir erótico que plasma el autor en cada texto es fundamental para la recreación exitosa del perfil emocional de sus protagonistas. En la novela *Con M de Marilyn* (Alfaguara, 1997), el complot internacional que acorrala a la bella Monroe y las consecuencias de éste en la vida de cada uno de los personajes, sería poco creíble si no estuviera sostenido por el deseo amoroso y sexual de José Baños, cineasta de segunda y admirador de Marilyn.

El vigor de los encuentros sexuales, la minuciosidad que incomoda —un poco, no hay que exagerar— al acercarnos hasta la piel satinada y perfecta de la rubia en pleno orgasmo, son puntos necesarios para la trama interesantísima de esta novela político-policíaca-social, apasionante de inicio a fin.

¿Quién rechaza un orgasmo?

¿Quién analiza lo que un desconocido hace sobre el propio sexo?

¿Quién rechaza un encuentro sexual gratuito, sin las complicaciones y ataduras a las que obliga el amor?

“Aprisionarte quisiera” es el cuento que origina la más reciente novela de Ramírez Heredia, *El mestizo de Salgari*, publicada apenas en 2005 por Plaza y Janés. Novela erótica narrada a ritmo de bolero, nos cuenta la sorpresiva y turbulenta relación de Pirro, hombre maduro y desencan-

tado, con la joven Alida, veinteañera de formas rubenescas e invitantes.

El rumbo narrativo de Ramírez Heredia suelta anclas de manera totalmente intencional en los episodios eróticos de estos dos amantes raros y anacrónicos, que entienden la felicidad de desconocerse por completo en el exterior de sus vidas y reconocerse a cabalidad en lo íntimo de habitaciones hoteleras.

Pero, y siempre existe un pero en las historias de hombres y mujeres, en medio del gozo que de tan puro se torna en perverso, a los dos protagonistas Pirro y Alida se les escabulle —sin que ellos reparen en la gravedad del asunto— un detalle, un sentimiento, un problema, que podría llamarse amor.

Comparten los mutuos hallazgos íntimos, por momentos verdaderamente ¿crudos?, y se encuentran con la distancia de cuarenta años que parece hacer un guiño a las precauciones de lo que los dos intuyen y presienten, pero a lo que dan la espalda para enredarse en las letras de un bolero delicioso, que nadie canta. Para qué se van a espantar dos veces.

El encuentro es intenso: la prosa exacta de Ramírez Heredia otorga descripciones sobre la ambientación, donde la música del bolero otorga un estado sensorial propicio para la intimidad y transporta al lector a la disposición lúdico-erótica que exige el relato. La pericia del narrador ofrece monólogos interiores paralelos a la acción del momento presente, y transforma lo que pudiera ser una simple exhibición voyeurista en un texto que ofrece complejas lecturas más allá del relato erótico. La construcción de Alida como un monstruo sutil y etéreo rompe con el esquema tradicional de la chica de provincia en espera de satisfacción, y nos presenta la visión sólida y convincente de una niña-mujer que descubriendo el poder de su cuerpo está dispuesta a despachar al amante en tres cogidas. El cazador cazado:

tiempo después, frente a Pirro, ella echaría a un lado esas barreras, que no timideces, festejando lo dicho por él quien al irle besando y mordiendo los senos en una combinación de rudeza y ternura que ella jamás pensó le agradecería hasta el dolor, entre saliva y saliva, él con su boca ocupada en lamer lo redondo de la carne, distorsionadas las palabras por extraerlas de una boca ocupada en otros verbos.

Ramírez Heredia dice: “cuando el erotismo es el campo de acción de dos personas, se siente. La pornografía es un hecho inventado y el erotismo es un hecho creativo, sale, aflora y si dos personas tienen como lazo común el erotismo, esa unión es terriblemente fuerte, aunque terriblemente fugaz”.

La constante erótica parece ser una indicación clara de que el autor no adorna ni justifica las motivaciones internas de sus personajes, ni las pasiones que los doblan y motivan, sino que contribuyen a definir la humanidad reproducida y exhibida en la grandeza de sus deformaciones y virtudes, dimensiones visualizadas y narradas en la obra de nuestro autor.

Un buen narrador precisa de una curiosidad inacabable, aventurera, pasional, observación aguzada y constante de los comportamientos y acciones de los hombres y mujeres comunes, para después relacionar palabras y rostros, frases y cuerpos, acciones y pensamientos que recreen imágenes y sensaciones que se instalen, definitivas y entrañables en las querencias del lector: despojando el autor de su idea inicial, ahora el texto emprende la traducción hacia los códigos personales del recreador.

A toda obra literaria le llega un momento crucial en que inevitablemente exhibe su verdad arquitectónica, su solidez y todas las cualidades o defectos de sus formas, llega el momento en que los libros diseminados por el mundo tras el mismo nombre de su autor acuden al horizonte al llamado de nuestra mirada y se perfilan sobre el horizonte formando una vasta obra. Es el momento en que el escritor, voluntariamente o no, nos permite ver con cierta claridad el perfil de lo que construye: es como un nuevo amanecer de la obra madura en el que surgen de lo informe y secreto de la noche las líneas que definen su espacio literario.

Es posible que este momento sea la bajada del Faraón para Ramírez Heredia, que ejerce su palabra y su voz literaria en el arte torero, que impregna la obra y persona del escritor, plantado al centro del texto, del círculo amarillo que reúne arena y sangre para hacer bajar al Faraón, decir gitano que quiere nombrar el momento excelso de la “inspiración”. El instante del que habla Octavio Paz, como lo opuesto a

la duración, y a los modos en que la duración aparece, las modificaciones de la experiencia o de la existencia; lo que está antes o después de ese instante mágico, milagroso, de comunión, no cuenta.

Para Ramírez Heredia es preciso “buscar un lector tan inteligente como yo para que logremos entendernos en un tipo de literatura que debe conjurar sensibilidad e inteligencia, porque si sólo se tiene inteligencia, el texto sale frío, y si sólo tiene sensibilidad, el texto resulta torpe”.

El autor exigente precisa un lector atento a la polifonía de sus voces, la contundencia de su estilo original y arrollador en que se convierte la creación literaria y donde queda claro, clarísimo, que la literatura no es un sillón. No es un sitio cómodo para sentarse y mirar: es un arma, tanto de amor como de pelea. De transformación y permanencia, de cambio constante, de reto y trabajo, mucho trabajo (Octavio Paz).

La creación, dice el gran Alfonso Reyes, no es un juego ocioso. Rafael Ramírez Heredia parece saberlo bien: juega, acepta y disfruta, goza, sufre y comparte su trabajo con las letras y las palabras, sabiendo que en la literatura como en la vida “uno tiene que estar dispuesto a la muerte, para así entregarse a la Vida”. ¿Por qué hace esto?, se pregunta el personaje en un fragmento de “Que resopla sus pasiones”:

Quizá sea el resultado de su propia condición de ser. No acepta las medias: si va a beber, hasta el fondo. Si va a querer, hasta lo último. Si va a trabajar, debe agotarse.

Siempre ha sido así. Sólo tiene una vida, y hay que comerle la última migaja hoy, mañana no, mañana está lejos. •

CLAUDIA MARÍA SOSA CÁRDENAS (Mérida, 1969) es crítica literaria, poeta y narradora. Fundadora e integrante del Centro Yucateco de Escritores. Ha publicado *Para el principio* y *Agua nocturna*. Textos suyos están incluidos en diversas antologías.